

Crónica de la narrativa española: cuentos para vislumbrar el mundo

En la literatura se agazapa todo aquello que nos cuesta comprender. Procurando poner orden al caos inabarcable de la *realidad* de la vida cotidiana para hacerla algo más inteligible, los escritores intentan responder a las preguntas que incessantemente emanan de la compleja relación ser humano-mundo (entendido éste como lo exterior, lo otro). La paradoja feroz del asunto es que, para tratar de representar las férreas normas de la vida y los entresijos del alma, y extraer de la pintura algún vislumbre de certeza, bastantes autores llegan a la conclusión de que, lo mejor, lo más aclaratorio es añadir preguntas a las preguntas, con la consiguiente desazón beneficiosa, y mostrar las sutilezas, neblinas y perplejidades que lo inundan todo. Y ese todo es profundamente extraño, casi siempre absurdo o incomprensible, y las más de las veces inhóspito: eso que, por falta de sustantivo mejor, llamamos «normalidad» y que en tantas ocasiones nos pone los pelos de punta con su implacable funcionamiento.

La magra reflexión anterior ha nacido de la lectura de unos pocos volúmenes de cuentos publicados

en España durante el año 2002 que llegaron hasta mi mesa por conducto insospechado. Desde algunos medios (cf. «El Cultural» de *El Mundo*, 13-19 marzo de 2002, donde se recogen cuentos de Tomeo, Monzó y Rivas, tres de los protagonistas de esta crónica) se ha querido ver un resurgimiento del cuento en la España de hoy favorecido por la adecuación de este género narrativo a los tiempos desquiciados de velocidades y empujones que vivimos. Algo de verdad debe haber en ello, ya que de la brevedad del cuento tradicional hemos pasado al relato hiperbreve o microrrelato, como también se le ha dado en llamar. Recopilaciones como *Por favor, sea breve* (Páginas de Espuma) o *Galería de hiperbreves* (Tusquets) ilustran este hecho. Pero cuentistas, incluso hiperbreves, los ha habido y muy buenos desde hace años (Monterroso, Cortázar, y entre los españoles Luis Mateo Díez o Javier Tomeo). Por otra parte, novelistas del día como Javier Marías o Francisco Casavella están en trance de publicar novelas de unas 1.000 páginas (*Tu rostro mañana* y *El día del Watusi*, respectivamente), con lo que el argumento de la velocidad se nos desmonta y la cosa se complica. Hoy, todo autor reconocido puede optar por la novela o el cuento y que su éxito final radique fundamentalmente en la calidad de la propuesta. Aunque es cierto que el peso histórico de la novela se mantiene dos o

tres cuerpos por delante en el gusto del lector (y no olvidemos el auge decisivo que la literatura del yo está experimentando), el reconocimiento del cuento como género literario no para de crecer enteros.

Los libros que paso a reseñar son de autores que han demostrado sobradamente su valía como cuentistas y que han coincidido en las estanterías con unas propuestas que se hermanan en la voluntad de reflejar lo que más arriba indicaba: los asombros y complicaciones del ser humano ante la turbamulta de sentimientos y desolaciones varias que le circundan y que tienen su raíz en los negocios, siempre en bancarrota, del mundo y de los días. Cada uno de estos autores, claro, tiene sus demonios dilectos y sus manías (in)confesables, pero todos ellos ofrecen una visión (más o menos) desolada del mundo. Así, estos narradores, *grosso modo*, con sus ficciones, dibujan un mundo que se vive como agresión y desencanto. El territorio de la pareja, el del trabajo, la incomunicación en las urbes macabras, la soledad y la desesperación, la violencia y sus derrames, el desencanto ante el paso del tiempo y sus carcomas serán los resortes sobre los que girarán estas píldoras morales (por lo que tienen de iluminación e indagación interior), estos estudios de la disolución que leemos en las mejores historias. Además, estos autores se pueden unir por una pareja voluntad de esti-

lo, ya que su prosa es ajena a la ampulosidad o al recargamiento. Es una prosa de tono menor, aparentemente sencilla, sin tropos líricos ni oropeles superfluos. Estos autores adjetivan lo justo y, si exceptuamos a Manuel Rivas (que también es poeta) y algunos párrafos de Luis G. Martín o Valentí Puig, buscan un objetivismo seco que no es descuido, sino ánimo de precisión. Su registro huye de exuberancias y en ocasiones se acerca al tono coloquial. Una última característica que enlaza estos libros se halla en la voluntad de dotar al conjunto de relatos de una coherencia estructural y temática que dé unidad orgánica al volumen.

El más reciente libro de cuentos de Javier Tomeo lleva por título *Cuentos perversos* (Anagrama). Estos microrrelatos (la mayoría no sobrepasan las 3 ó 4 páginas) ofrecen variaciones sobre esa manifestación de la maldad que se presenta en el título, la perversidad, y de la que tanto nos ilustrara Poe.

Tomeo tiene una extraordinaria capacidad narrativa para mezclar impasiblemente la realidad más burda con la ficción. Y es que la realidad, a poco que la achuchemos, siempre cede. Por ejemplo, Tomeo pone en pie de igualdad a personas y animales e incluso a éstos por encima de aquéllos. Lo perverso de sus cuentos no reside tanto en el interior de sus personajes (asimétricos, imperfectos) como en el mundo. Ése

es el perverso mayor y el que empuja a las criaturas de Tomeo a la soledad, la incomunicación, a la imposibilidad de saber quiénes son, al mal por el mal, etc. Estos son los temas axiales de este peculiar narrador, cargado de inteligente inventiva y de unas preclaras dotes de observación que nos transmite con un socarrón y suculento sentido del humor. Muchos de sus cuentos esconden, bajo su capa de maliciosa ironía, una profundidad de sentido nada desdeñable. Si quieren conocer a un hombre abandonado por su muñeca hinchable, a unas rosas que se alegran de ser artificiales o a un tipo que se quiere suicidar disparándose aceitunas no duden en dejarse pervertir por Tomeo.

Perverso también se muestra, y mucho, Quim Monzó, que acaba de publicar *El mejor de los mundos* (Anagrama), en lo que es su primera autotraducción. Versado en narrar historias insólitas que avanzan mediante un proceso implacable e irreductiblemente lógico, el autor catalán ha cargado las tintas en el humor negro, el esperpento trágico y la ácida ironía, no exentos, en ocasiones, de un fulgurante lirismo, para mostrar un mundo desquiciadamente violento («El accidente»), las imprevisibles consecuencias de las palabras dichas al tuntún («Fregando platos»), o a destiempo («Mamá»), la complejidad mental y las obsesivas rutinas cotidianas de un poeta que espera y espera un Nobel que no

acaba de llegar («Ante el rey de Suecia»), la enfermedad como una maldición gitana («La vida perdurable»), la posibilidad del cansancio de ser feliz («Dos ramos de rosas», un cuento excelente)... Antisentimentales historias dotadas de lucidez y patetismo que no han ocurrido, que sepamos, en el mejor de los mundos, que es el nuestro, y que con toda su carga de imperfección y tragedia es el mejor porque, sencillamente, es el único que tenemos. Pero, inquétense, podrían llegar a ocurrir.

De sentimientos aniquiladores y trompazos amorosos nos habla el libro de relatos de Luis G. Martín, *El alma del erizo* (Alfaguara). Este autor publica sin prisa, quiere decirse que no escribe un libro al año, y aunque esto no es sinónimo de calidad literaria, quizá sí lo sea de honestidad. Sus historias suelen plantear situaciones que revelen la verdad radical de los personajes más allá de la trivial apariencia, y este autor no se priva a la hora de mostrar la brutalidad que esconde el ser humano cuando le dominan sus sentimientos más convulsos. Hay que leer este puñado de buenos cuentos porque disfrutaremos a veces amargamente («Los amores del rey Baltasar»), a veces morbosamente («Bertrand Romail»), a veces paradójicamente («El perdón de las ofensas»), y a veces reflexivamente («La belleza de los monstruos»). No encontrará el lector en este libro un relato que no le

interese vivamente, si no por el argumento o la iluminación que la historia ofrezca, sí por la cuidada y detallista prosa con que está escrito. Cuentos intensos (y en ocasiones algo tremendistas) que enganchan y pocas veces decepcionan.

Otro registro prosístico, distinto a todos los anteriores, es el que maneja el catalán Valentí Puig. Su libro *Maniobras privadas* (Alfaguara) es un compendio de relatos escritos desde el desencanto de todas las batallas perdidas, desde el escepticismo que otorga la experiencia vital, con una voluntad reflexiva que nunca deja indiferente ni lastra la narración porque se encaja atinadamente en el cuerpo argumental. La voz narradora se caracteriza por su descreimiento, su soterrada ironía y una leve misoginia. Puig afronta el autobiografismo («Un amigo: Lambert Fiol»; «Tercera imaginaria»), la crítica de los nuevos ricos practicantes del pelotazo inmobiliario («Paca Malibú»), la caída en desgracia, ay, del amor en sus distintas formas de ser vivido en el marco de la pareja estable («Dos baños completos»; «Interés del adulterio»), las precauciones ante el optimismo progresista («Puente aéreo»), la complejidad de la realidad y el azar que pueden desembocar en la violencia vengativa (en el mejor cuento del volumen, «Maniobras privadas»). Estos cuentos de Puig tienen un aura de fábula moral ejemplificante no siempre lograda porque, en los cuentos

menos redondos, la anécdota argumental no nos acaba de interesar suficientemente.

Y lamento tener que decir que poco irónico se muestra el gallego Manuel Rivas en *Las llamadas perdidas* (Alfaguara). Rivas había demostrado sobradamente su valía en el complicado arte del cuento y había asombrado con «La lengua de las mariposas». Su espacio e intereses conocidos (Galicia y el talante comprometido del autor, así como el análisis de los sentimientos y sus motivaciones) se dan cita de nuevo en este libro. El autor ha echado mano de lo sentimental abusivo para contarnos sus historias de emigrantes (afirma divertido que la globalización la inventaron los gallegos), muchachos casi adultos, héroes cotidianos, amores contrariados y demás averías del corazón. Con todo, son muy estimables piezas como «La mirona», «El héroe», «Nosotros dos», «El escape», «La sinceridad de las nubes», o «La gasolinera», donde sí da la medida, por argumento y por prosa, del buen escritor que Rivas es.

Acérquense a estos libros porque, en sus mejores momentos, encontrarán entretenimiento de altura, diversión reflexiva y, a ratos, iluminaciones inquietantes. El panorama que nos describen no es muy alentador y muchas de nuestras preguntas seguirán en pie, pero estos autores han logrado trazar un retrato del ser humano en el que reconocer-

nos: ¿seremos así de frágiles y de menesterosos? Mientras tanto, sigamos leyendo.

Marcos Maurel

África y la voz*

Pedro Rosa Mendes inició un viaje de diez mil kilómetros y de tres meses y medio de camino para atravesar África desde la costa atlántica hasta la índica y, según él, sin ningún motivo especial. Justo después de su respuesta rápida, confesó tener dos pasiones y un vicio. La primera de sus pasiones es Asia —de ahí salió un reportaje memorable sobre Afganistán que en 1999 ganó el Premio AMI «Periodismo contra la indiferencia»—; su segunda pasión es el Pacífico, y así fue como en 1996 conoció la África atlántica al cubrir la noticia del viaje oficial del presidente Mario Soares a Angola. Un año después, con una beca del Centro Nacional de Cultura, volvió al continente para realizar

una aventura de espacio inmenso, hambre, prisiones, guerras civiles y peligro de muerte que empezó en Luanda, la capital angoleña, y terminó en Quelimane, ciudad costera de Mozambique al norte del río Zambeze. Rosa Mendes realizaba, así, un viaje que no se emprendía por tierra desde antes de la independencia de las colonias que Portugal tenía en el continente africano.

De esa experiencia nació *Bahía de los tigres*, ¿una novela?, ¿un libro de viajes, un cuaderno de ruta?, ¿una colección de crónicas al estilo del periodismo actual, con voz propia?, ¿un libro de entrevistas?, ¿un epistolario?, ¿un diario íntimo? Sí, todo eso, literatura de frontera: una colección de verdades contadas desde la literatura. Porque, en el fondo, es el lector de *Bahía de los tigres* quien decide sobre lo que lee y elige dejarse llevar o no por el grado de «realidad» que contiene la ficción. Pedro Rosa Mendes escribe un libro sin unidad estilística en el que el valor de las historias que recoge se encuentra en su belleza y en su horror, no en su verdad; no obstante, al mismo tiempo y justamente por esa belleza y ese horror, todas estas historias deben ser comprendidas en su significado moral pleno. Cabe pensar también que esa falta de unidad estilística responda voluntaria o involuntariamente a la necesidad de construir una metáfora que recoja la polifonía africana. África es un continente oral y poli-

* Pedro Rosa Mendes, *Bahía de los tigres*, Barcelona: Ediciones del Bronce, 2001, Traducción Rosa M. Martínez Alfaro.